

Revisión Retrospectiva de Novelas Venezolanas

II

Borburata, de Ramón Díaz Sánchez (*)

Del trío de novelas (no trilogía) que el autor sitúa con escenario "frente al mar", es ésta la segunda. La primera fue **Cumboto**, aparecida en 1950. La última, actualmente en preparación se llamará **San Esteban**.

El escenario

Ese escenario "frente al mar", bien conocido por Díaz Sánchez, (nativo del vecino Puerto Cabello (**)), es tal como lo dice el enunciado, tierra y paisaje que de mar solo tiene eso: su situación frente a las costas de ese recodo del Caribe; pero sin que la vida propiamente marina se haga presente en el ámbito de la novela, aun cuando ésta se llame **Borburata**.

No hace ahora al caso que Borburata sea el nombre precisamente del segundo o tercer puerto marítimo fundado en costas venezolanas en los albores mismos de la conquista española en el siglo XVI, recordado entonces sobre todo por el desembarco allí, último en su larga etapa de fechorías, del tristemente célebre Lope de Aguirre ("el Tirano") en 1561. Y recordado también poco después por el saqueo e incendio despiadado a que lo sometió el pirata francés Nicolás Valier en 1567.

Pero más que como puerto ni costa, Borburata logra en sus viejos años coloniales, en el hervor fecundo de la agricultura del siglo XVIII, la importancia que le dan sus buenas plantaciones del rico y solicitado fruto del cacao. Las haciendas cacaoteras que tierra adentro sombrean con su tupida fronda las planicies frontimarinas, son fuente de riqueza en toda aquella zona. Y entre el verdor negruzco del arbolado y el purpúreo brillar de las mazorcas del cacao en sazón, se mueven los cuerpos semidesnudos de los esclavos africanos que laboran la tierra y recogen las opulentas cosechas.

En ese ambiente de vieja tierra cacaotera, y en una de sus haciendas, la "Herrera", venida a menos en los últimos años, abre Díaz Sánchez el escenario para esta novela.

Dijérase, al punto, que con tal composición de lugar, se trata de situar al lector en el pórtico de lo que va a ser una obra de tema campesino, plenamente tramada con personajes y situaciones que se desenvuelven en contacto directo con las faenas agrícolas propias de aquel medio. Pero muy pronto el lector advierte que aquel paisaje campesino, y algunos datos históricos referentes a su primer desarrollo colonial, son nada más que un fondo casi accidental,

(*) Esta novela recibió en 1960 el Premio Nacional "José Rafael Pocaterra". La edición es de la Editorial Nova, Buenos Aires, 1960.

(**) Rectificamos así el error que escribimos en 1946, al hacer a Díaz Sánchez nativo de Maracaibo. (Cfr. nuestro libro *Estudios Crítico-literarios*, Segunda serie, Caracas, 1953, p. 99).

aunque bien aprovechado, para un conjunto de hechos que sustancialmente juegan su papel en el orden de las pasiones humanas, sin que el tema propiamente campesino intervenga de manera decisiva o trascendental en el planteamiento y solución del proceso novelístico.

La acción

La acción de la novela se anuncia en sus comienzos atractiva, no menos que original. Valentina Herrera, la protagonista, joven de veinte años, ex-estudiante de medicina por tres años en Caracas, se ha venido con sus parientes a "Herrera", vieja hacienda de cacao de la familia, con deseos de rescatarla del casi abandono en que yace, y ponerla de nuevo a producir.

Este gesto inicial de una joven que parece decidida a enfrentarse a una empresa agrícola, aunque sin previa preparación para ello; y nada menos que en el cultivo de un producto como el cacao, en la actualidad de muy limitadas perspectivas económicas, no puede menos de despertar el interés del lector. Vamos a ver —se dice éste en seguida— cómo se desenvuelve y sale adelante esta muchacha en una tarea tan simpática, como lo son siempre las del campo. Y casi espontáneamente espera uno encontrarse con algo así como una Doña Bárbara, en nueva versión, dado lo diverso del paisaje y de las faenas, que serán agrícolas en vez de ganaderas.

Pero a medida que el lector se ambienta en las circunstancias familiares, económicas y locales que la propia protagonista nos relata, se advierte que aquella línea inicial del argumento ya esbozado, va bifurcándose y proyectándose casi insensiblemente en una nueva dirección, mucho más acentuada que la primera, y que acabará por sobreponerse casi absolutamente, en lo que constituye la novela, sobre el proyecto de la empresa agrícola cacaotera. Esta nueva dirección y desarrollo de un como nuevo argumento, arranca del interés, no precisamente amoroso, sino utilitario, que en la protagonista despierta el pasivo joven Candelario Torrealba, mestizo, hijo ilegítimo de un hacendado vecino de "Herrera"; interés que la lleva a buscar y forzar ella misma unas casi absurdas relaciones sexuales. De manera que al terminarse la novela, nos encontramos en el mismo punto del comienzo respecto de la proyectada empresa agrícola, cuya realización queda en vísperas ante un futuro en realidad muy problemático.

El argumento

¿Cuál es entonces el verdadero argumento o punto esencial de la novela? A nuestro parecer, aquel primer argumento, apenas apuntado de las labores agrícolas; y aun el otro sobrepuesto argumento de las relaciones de Valentina con Candelario, en realidad solo tienen por finalidad crear el ambiente novelístico, hábilmente trazado, para el planteamiento y desarrollo, muy sutil, de una tesis social, de matiz racial e indole clasista.

Diríase que el propósito del autor hubiese sido, en efecto, plantear un conflicto entre personajes de la más opuesta condición familiar y social, según las viejas tradiciones; y llevar dicho conflicto a términos que demuestren que esas diferencias de extracción social no son sino convencionalismos absurdos, que coaccionan el libre juego de las pasiones; y por lo tanto, que basta la voluntaria despreocupación de atreverse a pisotear esas convencionales normas so-

ciales, para que cada persona pueda alcanzar el logro de las aspiraciones que otros le quieren impedir.

Es este encontrado y zigzagueante juego de pasiones lo que en verdad constituye el modelo de la novela. ¿Lo planeó así desde el principio el autor? ¿O fué una aceptada desviación del tema inicial, la que lo llevó al resultado que ahora apuntamos? Sea de ello lo que fuere, nos parece que en cierto modo más que un argumento, o que una acción propiamente tales, lo que encontramos en *Borburata* es a manera de un "previo" en torno a un personaje que encarna aquella tesis social, para cuya demostración se ofrece toda una trama de episodios diestramente urdidos y narrados.

Para mejor atinar en su plan, el autor emplea, de la primera a la última, línea, el recurso de hacer hablar a la protagonista en primera persona, a través de las páginas del diario íntimo que ha ido escribiendo de sus andanzas desde que llegó a "Herrera".

Tarea brava la que se impuso Díaz Sánchez al intentar despersonalizar su pluma, para hacerla vestirse con las galas propias de un estilo femenino, y sostenerla así, en perpetuo alerta, a lo largo de doscientas setenta páginas. Como el autor maneja con veteranía la prosa novelística, y sabe en todo momento buscar el corte y el sesgo propios del relato de ficción, la obra sostiene bien el interés hasta el fin; pero no nos atreveríamos a afirmar que en todas sus páginas se refleja plenamente el juego psicológico y la expresión literaria propias de una joven mujer, tal como ella se las pudiera confiar a sí misma en la intimidad de su diario.

Pero esta observación podría en parte explicarse con el hecho obvio de que siendo la protagonista Valentina creación inmediata del autor, y ser éste el que la va conduciendo por todos los episodios, nadie mejor que él podía servir para intérprete de sus sentimientos y acciones. ¿Logrará, no obstante, su intento?

Y con esto nos hallamos ante el aspecto más importante y crítico de *Borburata*. Es ésta una de esas novelas cuyo contenido esencial — y de acuerdo con lo dicho más arriba — se encierra en la conducta de la protagonista. Así como hay novelas en las que, ante un tema o un argumento, el autor crea y pone a andar al personaje o personajes centrales de la acción, en ésta el caso nos parece a la inversa, pues aquí es el personaje principal el que con las manifestaciones de su pensar, sentir y actuar, frente a lo que parecía un tema propuesto se sale de ese tema lo ladea y supera y se convierte a sí propio en tema y resumen de la novela. Tal es el caso de *Borburata*. Y el caso de Valentina. Valentina es la novela *Borburata*. Ni la hacienda "Herrera", ni el cultivo del cacao, ni siquiera las tormentosas e indefinibles relaciones de esa joven con Candelario, llegan a ser parte sustancial del desarrollo mismo novelístico. Este lo absorbe y centraliza totalmente la omnimoda y expresa actitud libertaria de la protagonista. Empero entonces nos encontramos, en realidad, con un ejemplar de mujer que a la fuerza y porque sí, tiene que servir de víctima, más que de actor voluntario, para demostrar lo inconsistente y falso de aquellas diferencias clasistas, y normas sociales de las que antes hicimos mención. Y en torno a la protagonista han de aparecer, de modo parecido, los demás personajes de la trama, como arrebatados —sin propia voluntad casi— en el giro centripeto de las acciones de aquel personaje principal.

Y el caso viene a ser muy doloroso. Lo decimos con toda reflexión y sinceridad, tal como nos parece. No obstante el clima de conflicto en que desde el principio se mueve Valentina frente a su propio anodino padre, a su estrafalaria tía, a su desviado y pervertido hermanito y a su fatuo y utilitarista primo y pretendiente; esa joven cautiva el interés del lector, y éste la sigue en sus resueltas andanzas, siempre con la ansiedad y aun esperanza de verla al fin enrumbar y sosegar su vida, no ajena de potencialidades para el bien. Pero no hay remedio. El autor es inclemente con ella; no la perdona. Valentina es un vástago del mantuanismo colonial, es hija de aristócratas venidos a menos, es miembro de una de esas llamadas "familias bien", es una blanca criada entre resabios clasistas, cuyos antepasados poseían esclavos; y como todo esto —que es en ella a la vez símbolo y realidad— debe superarse y liquidarse, ella ha de ser por fuerza también liquidada, humillada, aplebeyada, hasta que no le quede nada, casi en ningún orden, que la distinga de los seres nacidos en otras condiciones sociales y económicas, y aun con menos que estos; pues llega al gesto de la mujer malnacida que hace moña ruin de sus propios antepasados cercanos. No importa que en ese proceso se nos presente como dueña de su propio destino, y como quien marcha muy libre y altivamente, aun en los más desdorosos actos; y hasta se exprese con crudo y vulgar realismo e indelicadeza femenina en las páginas de su pretendido diario. Esa no es ella. Es la mano oculta del autor la que la va empujando con férrea persistencia y sin compasión, hasta un final en que ya no hay más que hacer; y sin que siquiera en el futuro inmediato aparezca una clara compensación frente a todo lo pasado. Más aún, se nos presenta con la apariencia de quien está muy ufana por todo lo hecho, y aun la vemos alardear de su perspicacia y valentía, y de lo que considera un triunfo de su personalidad ya liberada. Pero nada de eso logra borrar la impresión de lástima con que el lector llega a la última página de aquel diario. Aquello es un final frío, sin una frase —que no podía haber— de entusiasmo ni de verdadero triunfo. ¿Valía la pena todo lo pasado por el mero interés material de la posesión de una pequeña finca de treinta hectáreas? Y en todo caso: ¿era aquél el único, o el más adecuado camino para rescatarla de las manos de los otros dueños de la familia? Ciertamente no. Pero ya dijimos que lo de la hacienda era solo un expediente inicial, o un marco de ocasión, para plantear el conflicto clasista.

Pero hay algo más, Dada la determinación casi ciega con que Valentina es traída y llevada por entre tantos azares, forzosamente hay que concluir que en su personalidad y temperamento se juntaban en forma casi inverosímil las notas más contradictorias. Ciertamente que la naturaleza humana, en abstracto, puede ser víctima de múltiples y encontradas pasiones y reacciones. Y si se trata del sexo femenino, sabido es que la afectividad y la sensibilidad actúan en él no pocas veces en forma muy determinante y con efectos sorprendentes. Pero la naturaleza humana, de hombre o de mujer, no se da nunca en abstracto, sino en concreto; y en cada caso particular, por raro y caprichoso que aparezca un ser humano —salvo si es anormal— nunca se acumulan en forma absoluta todas las notas que puedan llevarlo a una conducta persistentemente contradictoria. Y esto es lo que más duele al ver a Valentina. No es en manera alguna una anormal. Y sin embargo, si se elaborara

detenidamente su ficha psicológica, a base de los datos que, según el autor, ella consigna en su diario, tan contradictorios, paradójicos e inconsistentes, la conclusión sería desconcertante.

Y no puede menos de sorprender al lector el hecho de que una joven estudiante universitaria y doncella, que abandonó el tercer año de medicina al verse ofendida por la jugada soez que le hizo un compañero de prácticas de anatomía, luego en brevísimo lapso, en un medio campesino sano y respetuoso, sin que hayan intervenido circunstancias directamente corruptoras, se largue friamente a exigir y forzar a un modesto y casi convalescente joven como Candelario, a que le robe su virginidad; y que a continuación pase a describirnos en su diario los rebuscados pormenores de aquella escena de refinado mal gusto; y lo que aún extraña más, pues no viene a qué, haga de aquello un comentario, como si tal cosa, con expresiones de comparación blasfema alusivas a la liturgia del más sacrosanto de nuestros Sacramentos. Ante un caso así, el lector cristiano, por descuidado que ande en su vida religiosa, queda anonadado y hastiado; y al crítico solo le ocurre pedir a Dios perdón por tamaño desacato.

Y cuando a eso se llega, ya no nos sorprenderá que la protagonista una vez se compare con Lucrecia Borgia (que, adviértase, nunca fue blasfema), y otras con Juana de Arco; que lance aquí sarcásticas diatribas contra las normas de moral, y más allá exprese sus preocupaciones morales; que primero nos diga que en la Universidad nada aprendió, y después alardee con pedantería de haber allí estudiado las "complejidades físico-psíquicas del ser humano", con lo que cree justificar su desprecio de la guarda de la virginidad, que considera como un mero prejuicio; y otras mil contradicciones que sería prolijo enumerar. ¡Pobre Valentina!; qué dura e injustamente se la hace pagar su papel de protagonista. ¿Había necesidad de reducir a semejante condición?

Y qué triste es también la escoria humana de donde se tomaron casi todos los demás personajes que acompañan a Valentina en su conflicto, incluido el mismo joven Candelario Torrealba, a quien vemos lastimosamente apersogado a servir de juguete —de baraja, y de instrumento, dice ella— al arbitrario egocentrismo de la mujer que finge haberlo amado, cuando en realidad solo busca —también ella lo reconoce— asegurar el negocio de la hacienda, y si acaso darle un convencional padre —¿con qué garantías?— al hijito que le ha nacido, víctima de todo aquel embrollo.

Hasta cuándo nuestros novelistas han de echar mano para sus obras, con preferencia desconcertante, de personajes que sean expresión —si acaso— de nuestra miseria moral y espiritual? ¿Es que en Venezuela solo hay eso? ¿Es que nuestro arte literario no puede nutrirse sino de lo que es negativo y solo refleja nuestras lacras y deficiencias? ¿O será que es más fácil este camino, y en cambio no sabemos crear interés —pues temas y personajes nos sobran— para la obra constructiva, vigorosamente ejemplar, expresión de las grandes virtudes cívicas, sociales y familiares?

Algunas observaciones

Examinado ya lo que constituye el aspecto y contenido principal de *Borburata*, su verdadero conflicto y su protagonista, creemos necesario añadir algunas observaciones acerca de

otros puntos en los que la pluma, más que un tanto veleidosa de Valentina, unas veces generaliza demasiado sus afirmaciones, y otras apunta juicios e impresiones, que no por tajantes y rotundas disimulan su error o su inexactitud. En todo ello se diría que busca poner muy de relieve su actitud de despreocupada rebeldía con que el autor la hace actuar.

Dejemos a un lado la pintura en general poco simpática, y de apreciación tan confusa como contradictoria, que hace del buen Padre García, Párroco de Borburata. Recordemos solo la frase, como de saludo, con que Valentina nos habla de su "vieja tierra contra los curas de misa y olla" ¡Vieja tierra! en una joven de veinte años? ¿Quién habla aquí? Este Padre García es otro sacerdote que viene a sumarse a la ya larga lista de los que en novelas venezolanas son presentados en forma que resulta ingrata para los sentimientos cristianos de no pocos lectores venezolanos. Y algo parecido cabe afirmar respecto de las manifestaciones religiosas, casi postizas y ciertamente estériles con que Valentina se nos presenta.

En cuanto a su resuelta voluntad de romper con las tradiciones de clase social de su familia, debía haber advertido que una cosa son los convencionalismos accidentales de la vida en sociedad, con sus exageradas barreras de distinción de clases, que bien podía ella superarlas si así lo deseaba; y otra cosa muy distinta es suponer que el allanarse a la vida popular, y mezclarse sin distinción con los humildes haya de implicar necesariamente el aplebeyamiento moral y espiritual, y así ganar título de legitimidad para proceder al margen de toda conducta respetuosa y decente en el verdadero sentido de estas palabras. Nuestro pueblo, por humilde y desposeído que sea, conserva aún en alto grado un sentido muy claro y firme de decencia, de dignidad y de propio respeto. Y por eso, entre muchos casos, creemos por ejemplo que no es verosímil el lenguaje que se pone en boca del peón Matías en parte del diálogo del capítulo IV de la Tercera Jornada.

La protagonista parece querer justificar el gesto ridículo (no hallamos otro adjetivo) de ir a forzar la entrega de su virginidad, con decirnos que ella sabe que también las mujeres mantuanas de las haciendas coloniales, en ausencia de sus maridos, se iban a cohabitar con sus esclavos. El razonamiento no tiene, claro está, ningún valor justificativo. Pero el hecho afirmado, aun cuando pudiera basarse en alguno o algunos casos comprobados, que por lo visto ella conoce, de manera alguna es admisible en el sentido general y casi absoluto con que lo expresa. Esto sería desconocer de plano lo que era la vida colonial.

En su casi obsesionante actitud de despreocupación ante sí misma, y de mostrar su autosuficiencia en todas las cosas, Valentina sin querer va completando el cuadro de su propia humillación. Veamos algunos casos.

¿Cuánto de religión y de filosofía habría ella estudiado a los veinte años? Eso no obsta para que diga con risible autoridad: "considero que la filosofía de la religión es bastante buena a pesar del empeño que ponen sus ministros en deformarla" (p. 28). El caminar por un terreno enfangado le producía "una voluptuosidad de felino salvaje"; y algo tan lleno de poesía como el rumor de las aguas que bajan de la montaña, le resulta un "suave canto impregnado de insidiosas incitaciones" (p. 36). Al día si-

guiente de una borrachera, habla del posible cambio de vida que la esperaba si contraía matrimonio con su primo, y dice: "inmediatamente debía comenzar a cambiar mis ideas como se cambia de bloomers. Mi boda con Carlos Luis significaba esto precisamente; un cambio de bloomers y de pensamientos" (p. 104). En uno de los muchos diálogos en los que se pinta como dueña y triunfadora de toda situación, declara que se sintió "maquiavélica, hipócrita como un moralista" (p. 162); sin embargo, poco antes confiesa en una ocasión haberse puesto "roja de vergüenza"; y así mismo hace dura crítica como hábil moralista (¿hipócrita?) de la conducta viciosa de su hermano Gonzalo, a quien la única ayuda que le ofrece es gritarle "¡Maldito!". De su propia abuela dice despectivamente que "por lo visto lo único que hizo en la vida fué parir a papá y a la tía Javiera" (p. 168). Se considera a sí misma último vástago de unos antepasados que a su juicio la avergüenzan (no sabemos por qué, pero de ellos heredó la finca que ahora codicia); pero de tal origen genésico "por significativa ironía de los cromosomas", a ella le había tocado ser "la mejor parte". Y tanto que su divisa podría ser, dice: "Conciencia y valor normales, sin hibridismos ni concesiones". Pero no hay que hacerse ilusiones, pues eso que ella llama conciencia es solo "conciencia de ser mujer orgánicamente" (o sea, en lo corporal de su sexo femenino); "y valor para proceder como tal moralmente", como si en lo orgánico y corporal, si se prescinde de las facultades espirituales, pudiera el ser humano proceder moralmente. ¡Qué extravagancia! Y a renglón seguido de esa descarga con pujos de materialista, exalta la voluntad, sin reparar que es una potencia espiritual; pero pásmese el lector al oír, que facultad tan noble como la voluntad, para Valentina se reduce a esto: "Te doy a tí lo que niego a aquel porque así me place". Por eso, sin duda, aborda en público al hombre a quien pretende asegurar "con una precipitación —confiesa ella misma— que casi rayaba en la impudicia".

Varias veces nos dice que no es sentimental ni gazmoña, y añade que esto lo repetiría cuantas veces fuera menester; y se califica de "mujer fuerte". Pero cuando con gesto que busca ser dramático, ella, que es soltera, anuncia ante su familia reunida, su estado encinta, aquella "mujer fuerte" se desmaya; y después anota en su diario: "Me desmayé como ocurre a las místicas que se someten a largos ayunos". ¡Qué sabrá Valentina de las místicas! ¿Desmayarse místicas tan vigorosas, equilibradas y activas como Catalina de Siena, o Teresa de Avila, para no recordar sino dos ejemplos corrientes? Pero en cambio, al afirmar en otro diálogo que es su deseo mostrarse "implacablemente sincera", añade muy convencida: "Es la única forma en que una mujer puede mostrarse pura". La frase no nos importaría si no fuera porque cuatro páginas más adelante, cuando ya aquel diálogo de la implacable sinceridad llega a su fin, hallamos esta otra frase, como corolario de todo lo que ella ha hablado: "¿No era inmoral, no era impura mi manera de razonar?" Esto como que también es cambiar de razonamiento, como de ropa interior. Y así se explica, también la imperturbabilidad con que afirma: "Un matrimonio no es más que una alianza cuyos fines cambian de proyección con los años". Y como negra síntesis del estado espiritual y psicológico en que se encuentra, léase esta confesión: "La virginidad y la gracia han huído de mí, y en mi corazón

habita el Demonio. Estoy llena de odio, pero también estoy llena de vida, multiplicada de vida, sola y feroz frente al mundo". Repítamolos: ¡Pobre Valentina!

Y pensar que todo su conflicto se origina y desarrolla con ocasión de asegurar la propiedad de una finquita de solas treinta hectáreas, llamada "Herrera". Ciertamente que por pequeña que fuera, bien podía dar motivo para que cada uno de los condueños defendiera su derecho a la parte de propiedad. Pero lo que sorprende es que los planes que se proponen para su explotación, pecan de un manifiesto error matemático. Pues dice Valentina que treinta hectáreas equivalen a unas 50 fanegas de tierra de sembradío; y que en cada fanega suele haber, bien cultivada, unas cien matas de cacao. Luego en cincuenta fanegas habrá: $50 \times 100 = 5.000$. Pero ella equivoca la cuenta, y añade un cero más; con lo que afirma muy satisfecha que la finca podría tener 50.000 (!) matas. Error fatal, porque de él deduce que la cosecha anual de cacao sería de 600 fanegas; cuando en realidad se trataba de unos cinco mil árboles que producirían alrededor de 60 fanegas de fruto. Pero la decidida joven no repara en su error, sino embrolla a toda la familia, incluido el pobre Candelario, y anuncia la explotación en grande (?) de la finca, y además la instalación de una fábrica "destinada a industrializar el cacao". ¿Montar una fábrica para industrializar 60 fanegas anuales de cacao? El lector puede suponer, pues la novela termina ahí, el futuro trágico de la empresa fantástica de la economista Valentina. Y aún hubo otro cálculo parecido; porque todo el tiempo se da como un hecho que una finquita de 30 Ha., casi improductibles, en Borburata, valía nada menos que un millón de bólvares. De fincas bastante mayores, en zonas más centrales, en plena producción de caña de azúcar, y bien saneadas, sabemos que han sido valuadas en medio millón. Nuestra protagonista nos da, pues, unos datos inverosímiles, difícilmente aprovechables incluso para una ficción novelística.

Conclusión

El análisis a que hemos sometido esta novela, lo reclamaban tanto la categoría de su autor, como el hecho mismo —aunque incidental— del Premio que se le acordó en concurso nacional. En manera alguna hemos pensado en otra cosa que en hacer la apreciación crítica sincera del contenido de *Borburata*. Hemos expuesto lo que en ella hemos encontrado. Al juicio del lector de la obra sometemos nuestras apreciaciones. Si estas resultan, en conjunto, menos halagadoras, somos los primeros en sentirnos de que así sea. Pues, no obstante aquel análisis, esta novela de Díaz Sánchez ratifica sus manifiestas dotes de trabajador literario tenaz; de narrador sobrio pero eficaz, a quien no se le entumece un momento el nervio del relato novelístico, y con capacidad de inventiva digna de abordar temas generosos. En una palabra, es un novelista a quien le sobran recursos de creación y de estilo, en plena madurez, para el trabajo de ficción. Y por eso queremos repetir, como lo dijimos en ocasión algo lejana, que seguiremos esperando confiadamente en que aún habrá de salir de su pluma la novela de contenido y personajes que sean expresión de tantas virtudes y heroísmos, de tanta acción sana y constructiva como florecen en nuestro medio.

PEDRO P. BARNOLA, S. J.